

1957



BETANIA

JORGE JUAN, Comendador de Aliaga

(Influencia de la Orden de Malta en la vida y obras del Sabio Español)

Por MANUEL TORREGROSA VALERO

(Licenciado en Derecho)

Al Excmo. Sr. D. Francisco de Asís Segrelles y Níguez,
Fiscal General del Tribunal Supremo de Justicia.

«No fundó en la nobleza de su nacimiento un privilegio para vivir inútil; antes porque nació distinguido, quiso distinguirse por varios caminos, y merecer por sí lo que ya tenía de la casualidad... Sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano».

BENITO BAILS, Elogio de Jorge Juan

Al alborear el Siglo XVIII soplan en España, vientos de desintegración política y territorial. He aquí un siglo montado a dos vertientes: de un lado, al nacer, ha podido percibir todavía los últimos estertores de la Casa de Austria; de otro, preside la instalación Borbónica con sus buenos deseos de regeneración y sus desatinadas Ententes familiares, que harían presagiar, fenecida la centuria, el infortunio heroico de Trafalgar y el glorioso resurgir del Dos de Mayo.

Y en esa etapa crucial de nuestra historia —auténtico relevo de dinastías— viene al mundo, en Novelda, JORGE JUAN Y SANTACILIA (5 Enero 1713). Examinemos las circunstancias que rodearon su nacimiento. En el pórtico de este triste período, se debate España en la Guerra de Sucesión a su Corona, consecuencia testamentaria del enfermizo Carlos II: verdadera subasta de una herencia entre dos pretendientes extranjeros, en la que el remate fue consignado con la sangre y suelo del noble pueblo español. Ultrajantes Tratados ponen fin a la contienda reconociendo al De Anjou, a costa de la integridad española. Nadie más indicado que Menéndez Pelayo (1) para describir esta etapa sombría: «No es ciertamente agradable ocupación, para cualquiera que tenga sangre española en las venas, penetrar en el oscuro y tenebroso laberinto de las intrigas que se agitaron en torno al lecho de muerte de Carlos II y ver a nuestra nación, sin armas, sin tesoros ni grandeza, codiciada y vilipendiada a un mismotempo por los extraños; repartida de antemano, y como país de conquista, en tratados de alianza, violación abominable del derecho de gentes... Y termina exclamando con patriótica indignación: «¡Jamás vinieron sobre nuestra raza mayores afrentas!» Justamente, como al conjuro agravante de Utrecht, cuyo Tratado desintegraba nuestros dominios europeos y, de un zarpazo diplomático, confirmaba a Inglaterra, rectificando el trazado peninsular, la usurpación de un pedazo de tierra

española que no lo sería más —¡Gibraltar! ¡Muñón sangrante; reivindicación legítima, imprescriptible, de la España eterna! ¡Roca de escándalo de la eterna anti-España!— surgía la gloriosa figura, llamada a reintegrar la Patria en el concierto europeo y a conquistar, para la misma, laureles inmarcesibles. Al correr del tiempo, se encargaría el noble descendiente de Roderich Joan —aquel caballero alemán, fundador del linaje, que vino a la conquista de Valencia de corregir a su vez los errores de un Newton, y de ganar el respeto y admiración europeos con su genial sistema de construcción de navíos, que fue inmediatamente adoptado en casi todos los países, asombrando a propios y extraños con «aquella sublimidad y elegancia geométricas que caracterizan las producciones matemáticas de un genio original» (2), y mereciendo sus obras la publicación oficial de las principales corporaciones científicas— que tuvieron a gran honor el acogerle en su seno y que le acreditaron como «uno de los geómetras más célebres del mundo y uno de los más grandes marinos de su tiempo» (3).

Pero... volvamos al punto de partida. Nacido Jorge Juan, como hemos dicho, en 1713, era por entonces costumbre que los vástagos de las familias nobles y católicas ingresasen en alguna Orden Militar. Huérfano de padre a los tres años, su tío paterno, fray Cipriano Juan, Caballero de Malta con la dignidad de Baylio de Caspe, le envió, después de estudiar en Alicante y Zaragoza, a aquella isla, cuando contaba apenas doce años de edad (1725). Ya en Malta, entró como paje al servicio del Gran Maestre de la Orden, D. Antonio Manuel de Villena, de origen español. Por dichas circunstancias y por ser —dice Guillén Tato (4)— Embajador de la Corte española, un Togores, pariente de los Juan, tenía D. Cipriano gran valimiento en la Isla, lo que, sin duda, aprovechó en gracia de su sobrino. Y, en 1726, poco tiempo después de salir de España, en una efemérides que tendrá sentido trascendente en su vida, el neófito va a ser investido Caballero. El

recipiendario, después de haber oído misa y comulgado, previo el riguroso juramento, ante el Gran Maestre, de no pertenecer a ninguna otra Orden, no ser casado, etc., según ritual, promete *«A Dios Todopoderoso, a la Bienaventurada Virgen María y a San Juan Bautista, de prestar para siempre, con la ayuda de Dios, una verdadera obediencia al superior, de vivir sin poseer nada como propio y de observar la castidad»*. Se consuma la ceremonia: Jorge Juan acaba de recibir el espaldarazo de una Comunidad gloriosa, donde la religión —es frase de Bails— hace piadoso el valor y el valor animosa la piedad. Los votos que ha emitido, van a señalar la «constante» de todo su proceder. El hábito de Malta le obliga a permanecer soltero toda la vida, consecuencia del voto de castidad que le ligaba: He aquí un detalle que no puede pasar desapercibido, y al que hay que conceder toda la importancia que merece, como tendremos ocasión de examinar. Por otra parte, recién ingresado en la Orden, hubo de participar constantemente, a bordo de sus naves, en las campañas que se sostenían contra los «cárabos» moros, andando al corso con normal asiduidad. Y ello no pudo menos de influir en el carácter del valeroso joyen, inclinando su afición a las cosas del mar.

Al poco tiempo de ser admitido Caballero, obtuvo —dice Guillén (5)— por sus particulares y familiares circunstancias, nada menos que la Encomienda de Aliaga, en Aragón, por lo que se encontró Comendador a los catorce años escasos.

Jorge Juan, que tenía un corazón tan español como privilegiado era su talento, sintió en el alma las consecuencias que, en aquel período sombrío, aquejaban a España. El atentado a la integridad del suelo patrio, la decadencia de la cultura, la ruína de la Hacienda, el desequilibrio económico nacional, etc., no pudieron menos de influir en la voluntad del Comendador de Aliaga para dejar la Isla de Malta (1729) y consagrarse, definitivamente al servicio de España y de su Rey. A tan patriótica decisión, puede muy bien agradecer España su resurgimiento naval en tiempos de Fernando VI (6), y han de agradecer las ciencias experimentales y aplicadas avances insospechados.

Dice Bails, en su «Elogio» (7), que a medida que iba creciendo en años se dió cuenta de que primero que religioso era vasallo...» Es decir, aunque era, —siempre lo fue— un fidelísimo de Malta y prefirió su Encomienda de Aliaga a cualquier otra distinción no podía olvidar tampoco que era un Caballero de España, tan apremiada de nobles servicios. Así se condujo el hombre de San Juan, y, los relevantes méritos que contrajo en el servicio de su patria, enaltecieron su particular Dignidad y el honor de la Orden a que pertenecía: Sirvió a España —siempre fue lema de la Caballería el auxilio de los menesterosos— y glorificó a Malta.

La profesión de Jorge Juan, en la Comunidad fundada por Tunc, y la decisiva influencia que en su vida tuvo el hábito que recibió, no ha sido estudiada todavía con el detenimiento debido. Un minucioso análisis, llenaría, por sí mismo, un buen número de páginas. Y, no obstante, biógrafos y comentaristas —por lo menos, en las obras que hemos tenido oportunidad de examinar— tratan esta faceta primordial de la vida del Sabio con tal ligereza, que muy bien parecen referir el trienio de Malta a



un simple viaje de ida y vuelta. Sin embargo, en nuestro modesto criterio, esos años insulares son de tal relieve, en la vida y trabajos del gran marino, que no pueden quedar en blanco. El espaldarazo de Malta, recibido en esa etapa siempre esperanzadora de la adolescencia, dicho sea en términos canónicos, «imprimió carácter» en las inquietudes del joven Jorge Juan.

La Orden de El Bautista determinó, sin duda, la vocación del eminente cosmógrafo, volviendo a España «deseoso de servir a Su Majestad en la Carrera de Marina» (como reza un curioso documento, manuscrito, que el autor de este trabajo tuvo ocasión de investigar) (8). Y la vocación, dígame lo que se quiera, ni se prejuzga ni se improvisa. Es cuestión, dice Sertillanges (9), de penetración y continuidad; de aptitud y afición. Máxime, la especialísima entraña de los oficios del mar, que, como decían las sabias Ordenanzas del Infante-Almirante (10): «La índole del servicio de la armada rechaza toda violencia en su aplicación: conviene, pues,

que a nadie se fuerza a él... El único modo de conocer las inclinaciones de un individuo a una cosa determinada es por su espontánea aplicación a la cosa misma».

Las contingencias navales de la Orden de Malta, de que ya hemos hablado, determinaron, ciertamente, el «nosce te ipsum» del futuro Jefe de Escuadra con una plenitud que iba a responder netamente, a la llamada del Espíritu, al eco de la voluntad divina, que, como dice Zaragüeta (11), no es difícil advertir en el fondo de toda vocación hondamente sentida.

(Si analizásemos detenidamente los factores influyentes, o determinantes, del hecho histórico, del hecho sociológico, etc., apreciaríamos mejor la transcendencia de las palabras de Zaragüeta —que es criterio unánime—, y habríamos de apuntar, en el haber de la Divina Providencia, lo que un incrédulo o un profano atribuirían a la mera casualidad o simple quimera. Es muy significativo que surja una vocación naval, tan decidida, en una época en que la Real Armada contaba, para el servicio y defensa de la Metrópoli y sus territorios de Ultramar, con poco más de una docena de navíos ligeros y otras cuantas embarcaciones de otro tipo (12), estando, por tanto, tan necesitada de genios creadores. Y, es muy sintomático también, que el ingreso de Jorge Juan en una Orden Militar, tuviera lugar precisamente en la de San Juan, una de las poquísimas que por lo estratégico de sus accidentales emplazamientos insulares —Chipre, Rodas, Malta— había de ocuparse tenazmente en los cuidados de la navegación. Sintiendo en cristiano, hemos de concluir afirmando que Dios, en sus altos misterios, destina a cada época los hombres que ésta necesita o merece, para evitar así toda solución de la continuidad histórica.)

Y el beneficioso prestigio de la Orden de Malta —aunque esta vez, la influencia sea, más bien, indirecta— en la vida intelectual del Sabio, tampoco puede pasar inadvertido; porque, en cierto modo, el celibato a que le ligaban sus votos, hizo posible un perfecto desarrollo de su labor científica, no dando pábulo al «divisus est», que dice San Pablo. Es muy probable que, el particularísimo voto de castidad que le obligaba a la soltería, le hiciera encontrar, en el estudio y la investigación, el verdadero ideal de vida, dedicándose con todas sus energías, fuera de posibles distracciones —las propias, en su caso, del estado matrimonial— a las tareas del intelecto. Quizás, como dice Díaz Moréu (13), sea una de las causas que mejor expliquen la actividad científica del Sabio en la madurez de sus años. No es que vayamos a hacer una apología del celibato, como medio cuasi-necesario para el auge de la labor intelectual, no; pero tampoco puede olvidarse que el trabajo creador exige mucho desasimilamiento —el intelectual es un concentrado, un con-

sagrado— y, en este caso particular, aquella circunstancia no puede descuidarse. Casi estamos por afirmar que la vida diligente, activa, del Comendador de Aliaga, más que por la tarea en sí —de suyo intensísima— por las condiciones o ambiente en que se desenvolvió— expediciones



Monumento a Jorge Juan

científicas que duraron largos años, como la medición del ecuador terrestre; Reales Academias, nacionales y extranjeras; Consejos; viajes incesantes dentro y fuera de España; Embajadas, etc.— no hubiera sido posible, por lo menos en el nivel a que llegó, en un estado distinto del celibato.

La misma semblanza que el matemático Bails, amigo íntimo y colaborador del Sabio, hace de la persona de éste, revela, por demás, el indiscutible perfil —fusión de presteza y crucifijo— de una Orden de tal estilo. Sólo por la lección que encierra de patriotismo, de humildad y cristiana concepción de vida, la transcribimos a continuación:

•Fue de estatura y corpulencia mediana, de semblante agradable y apacible, aseado sin afectación en su persona y casa, parco en el comer, el igual de sus subalternos, el amigo de sus criados, y por decirlo todo en menos palabras, sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano. Cuando se le hacía alguna pregunta facultativa, parecía en su ademán que era él quien buscaba la instrucción. Si se le pedía algún informe sobre algún asunto, primero se enteraba, después meditaba, y última-

mente respondía. De la madurez con que daba su parecer provenía su constancia en sostenerle; muy distinto de aquellos contemplativos que vacilando entre la ambición y la esperanza nunca tienen dictamen propio, y sacrifican constantemente a respetos humanos su razón. No apreciaba a los hombres por la provincia de donde eran naturales; era el valedor, cuasi el agente de todo hombre útil. Miraba no con desprecio (en él no cabía), sí con lástima a muchos españoles de corazón tan ceñido, como limitados de entendimiento que no conocen más patria que la Ciudad, la Villa, la Aldea, el rincón donde nacieron; y aunque natural del Reino de Valencia, no era Valenciano, era español» (14).

He ahí la lección cumbre del hombre que trabajó y luchó para merecer por sí lo que ya tenía de la casualidad, de la nobleza de su descendencia. ¡Qué gran ejemplo, también, de civismo! El «hermano mayor de los noveldenses» — es frase feliz de Abad Navarro (15) — tiene bien acreditado su título.

Y así era — no puede negarse la primicia de Malta — el Excelentísimo Señor Don Jorge Juan y Santacilia — «vasallo muy útil al Rey, y a la Patria y que hace honor a nuestro Siglo» (16) — Comendador de Aliaga en la Orden de San Juan de Jerusalén.

(1) Marcelino Menéndez Pelayo, «Historia de los heterodoxos españoles» Libro VI, Cap. I.

(2) Gabriel de Ciscar, Edición aumentada y corregida del «Examen marítimo teórico-práctico», 1793.

(3) Crítica del «Examen marítimo», de Jorge Juan, aprobada, en febrero de 1783, por la Real Academia de Ciencias de París. M. L'Eveque, fue el comisionado, por dicha corporación, para la traducción oficial.

(4) Julio F. Guillén Tato, «Los tenientes de navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa y la medición del meridiano» Madrid, 1936.

(5) J. F. Guillén Tato, Ob. cit.

(6) El plan de resurgimiento marítimo de Fernando VI, dice Ibáñez de Ibero, obedecía, en gran parte, a consideraciones de orden internacional. El Marqués de la Ensenada trataba de hacer del Rey de España el árbitro de la paz y de la guerra mediante una política de paz armada, equidistante de Francia e Inglaterra. Y, uno de los objetivos del famoso ministro, era la devolución de Gibraltar. Pensaba La Ensenada que, unida la Armada española con la francesa (dada la cordial «entente» entre Borbones) serían superior a la inglesa, perdiendo ésta, de ese modo, el predominio del mar. Por tanto, a Inglaterra, en caso de guerra con Francia, le interesaría en alto grado conseguir la neutralidad española. Y, el precio de ella, no se la otro que la restitución de Gibraltar. En nuestro criterio, el patriótico anhelo de La Ensenada — que, por lo que respecta a Gibraltar, era y sigue siendo el de todos los españoles, máxime en aquella época, recién la herida del Peñón — dio lugar a la verdadera creación de la Marina, y reveló, bien a las claras, el ardiente celo del gran ministro de Fernando VI, al par que cierto amago de ingenuidad, el propio de un gran corazón. Por ello, ni sospechó las tristes derivaciones que podría tener una «enten-

te» franco-española; su patriotismo se la velaba, aunque le hubiera bastado con ojear unas cuantas páginas de historia — las alianzas con Francia siempre nos resultaron desgraciadas —. Y la obra, su gran obra de resurrección naval, mal encauzada en la política Borbónica de los Pactos de Familia, no dio el fruto que, legítimamente, se podía esperar. Las cosas sucedieron como previó el Marqués: andando el tiempo, hubo unión de flotas hispano-francesas, pero Nelson, el más grande almirante de Inglaterra, estaba en Trafalgar (1805), y los marinos españoles, escribiendo una página de gloria, se encargaron de demostrar al británico lo difícil que le hubiera resultado el batirles sin aliados. ¡Afortunadamente, el gran don Zenón de Somodevilla no vivió para verlo! El mejor elogio del Marqués de la Ensenada, lo hizo Inglaterra al conocer su muerte (1781): «Ya no se construirán más barcos en España».

(7) Benito Bails, «Elogio de Jorge Juan», Madrid, 1793. El «Elogio» se hizo para imprimirle al principio de una obra de matemáticas. El autor, reconoce que «este ilustre varón (Jorge Juan) tiene en sus escritos más que en los míos un monumento duradero de su memoria; pero he querido darle, aunque difunto, un testimonio de mi gratitud, porque fué voto, fué empeño suyo el que a mí se me encargara escribir el Curso de Matemáticas...»

(8) Biblioteca Nacional. Sección de manuscritos. El interesante documento, que bien pudiera ser de Bails, o quizá de Sanz, secretario de Jorge Juan, — se investiga su procedencia — distingue específicamente entre el nacimiento, en Novelda, del Sabio, y su bautismo en Monforte del Cid.

(9) A. D. Sertillanges, «La vida intelectual», 1944.

(10) El Rey Felipe V, quiso honrar a la Marina Real nombrando a su hijo, el Infante D. Felipe, Almirante General de todas las fuerzas marítimas. Y, en 1737, se promulgaron las Ordenanzas del Infante-Almirante.

(11) J. Zaragüeta, Artículo de fondo en ABC, 30 mayo 1957.

(12) Carlos Ibáñez de Ibero, Marqués de Mulhacén, «Historia de la Marina de Guerra Española».

(13) E. Díaz Moréu, «Panegirico del Jefe de Escuadra, Jorge Juan», 1913.

(14) B. Bails, Ob. cit.

(15) E. Abad Navarro, «La patria de Jorge Juan», 1929. Interesante y documentada monografía histórica que hace fe, valea la palabra, de la naturaleza noveldense del ilustre científico.

Para un perfecto conocimiento de las discusiones suscitadas, con motivo del centenario segundo del nacimiento del gran marino, acerca de su naturaleza, y la posición de los historiadores, véase, además, de la obra anterior, «La patria del Sabio Español, de la que es autor el ilustre monfortino F. de A. Segrelles, notable literato, y eminente conferenciante y orador.

(16) De la noticia necrológica publicada en la Gaceta de Madrid, el martes 6 de julio de 1773.

